

Selección de textos de María Luz Morales Godoy
En: *Xornalistas con opinión. Escolma de textos*, Galaxia, 2007

Índice

“El equívoco de la crítica”	2
Fonte: Films Selectos, N. 87, 1932, p.9	
“Lingoa materna”	5
Fonte: <i>A Nosa Terra</i> , n. 274	
“Estas, Nuestras claras Mujeres”	7
Fonte: <i>Alborada</i> , Xaneiro 1953	

El equívoco de la “crítica”

De pocas cosas podemos las gentes modernas hablar, diciendo, con conocimiento de causa: “En un principio...” Pero si podemos decirlo al referirnos al cine, que nació en nuestro tiempo y del que nos fué dado presenciar las primeras fases.

“En un principio”, pues, la llamada crítica cinematográfica hubo de improvisarse en todos los aspectos. Para juzgar el hecho nuevo y raro, faltaba el precedente, la preparación, la cultura dada que existe cuando se trata de las otras artes. La mezcla de mecánica y de industria que traía consigo la nueva materia artística, era más elemento de desorientación que no de juicio. Un ciego desdén por la que entonces era considerada diversión de barraca de feria (alumbramiento, sin embargo, de un arte popular universal), impedía que la nueva modalidad espectacular fuera estudiada, analizada, por los únicos para ello capacitados: artistas e intelectuales. Así, en la Historia del Cine, faltan, ¡faltarán siempre! unas cuantas páginas iniciales que hubieran sido en verdad interesantes: las del espectador avisado, las del crítico precursor, capaz de ver toda la trascendencia del balbuceo que todos, encogiéndonos de hombros, escuchábamos. Y resultó que, no ya de las rudimentarias manifestaciones de ese balbuceo, sino de acontecimientos en su día verdaderamente interesantes – “El asesinato del duque de Guisa”, las primeras actuaciones de Charlot, “Quo Vadis”- no se ocupó nadie de hacer crítica, juicio ni comentario...

Fué, ¿a que negarlo? la misma industria la que impulsó la existencia de la crítica. Las poderosas organizaciones comerciales que en torno a la cinematografía se crearon, incluyeron en su complicado engranaje la ruedecilla de los departamentos de publicidad. Función esencial de ellos es hacer el más brillante juicio de las películas correspondientes a la entidad productora a la que pertenecen, y dar a esos juicios la mayor difusión posible. Pronto la prensa se vió invadida por esos “juicios” tan

interesados como poco amenos, ya que en ellos se hilvanaban, sin orden ni concierto, los más elogiosos y halagüeños adjetivos, invariablemente los mismos. De este modo, todas las cintas eran superproducciones, todas las estrellas geniales, todos los astros inimitables, todas las realizaciones fastuosas. Claro que el pecado del tal sistema llevaba en sí mismo la penitencia, pues que, faltado el claroscuro, el punto de comparación, el contraste en fin, los elogios prodigados merecida o inmerecidamente, resultaban del todo ineficaces porque el público lector no creía en ellos.

Y no debemos horrorizarnos ni extrañarnos siquiera de que ello así sucediera, hallándose todavía el cine en periodo de formación, en surgir aún caótico. Pero los mismos excesos publicitarios de las empresas llamaron la atención de la prensa seria y celosa de su prestigio, que comenzó a encomendar la tarea de ver y juzgar películas a redactores para ellos aptos, si aun no especializados. Por el momento, como en nada de este mundo es fácil –ni conveniente– proceder a saltos, las críticas honradas de cine pecaron, igualmente que sus predecesoras, de mercantilistas de sobra de adjetivos elogiosos; poco a poco, sin embargo, a medida que el mismo cine iba mostrando nuevas y más interesantes facetas de arte, de refinamiento, de posibilidades estéticas, la crítica nacía, evolucionaba, en dignificación e inteligencia. Si aun no ha llegado a plenitud de madurez, es que a su objeto –el cine– también esa plenitud le falta; si, para muchos, con razón, no iguala a la crítica teatral, no olvidemos que ésta, en su ya tradicional ejercicio, le lleva muchos siglos de ventaja.

Más he aquí que, de pronto, cuando creíamos siquiera haber llegado a su período de equilibrio, nos hallamos ante un fenómeno que viene a ser –sólo que vuelto al revés– tan revelador de desequilibrio e ininteligencia como el de la benevolencia a todo trance. Nos referimos al súbito desarrollo de la crítica negativa, absoluta y estúpidamente negativa, que antes de asistir a una prueba o a un estreno, se pone gafas negras, y a

través de ellas ve ahumada, ensombrecida hasta la tonalidad más rosada y optimista. Como aquella primitiva crítica monótonamente elogiosa a que ya hemos aludido, ésta otra pseudocrítica de última hora, peca de igual monotonía; carece también de claroscuro; si en aquella todo era bueno, en ésta todo es malo; si allí los defectos se encubrían, aquí las cualidades, los valores –pocas o ninguna cinta habrá que no esté dotada de algunos- no se miran siquiera. Un encono, una saña inconcebibles, parecen dictar estos novísimos juicios que, aun contra cintas de alta categoría, repletas de aciertos y denotadoras de loable, esfuerzo, arremeten poniendo sólo, malignamente, en evidencia, defectos y fracasos, que, si en justicia no deben ocultársele al público, sólo dejarán a la verdad en su sitio cuando se coloquen al lado de los valores aludidos. Cuando haya, como en toda obra artística, ya aun humana, ha de haber, contraste, claroscuro.

Acaso, por un instante, la buena fe del público se ha dejado sorprender por esta crítica malignamente negativa como por la bobaliconamente afirmativa se dejó arrastrar antes... Pero ello no puede durar. La intuición de las masas es superior a cuanto creen los que suponen manejarlas con habilidades más o menos bien intencionadas, y no tardará en darse cuenta de que la crítica inteligente y desinteresada no puede ser, ni la del elogio a toda costa, ni la del ataque a todo trance; ni la del “bombo” ni la del “palo”, sólo la que, entre uno y otro extremo, se mantiene en un sabio equilibrio.

Films Selectos, N. 87 (1932) p.9

Lingoa Materna

María Luz Morales a nosa distinta paisana e notabre escritora publicou en “El Sol” de Madrí un femoso e ben ourentado artigo do que nos aledamos en traducir algúns párrafos que revelan a súa crara visión do problema lingüístico en Hespaña,

Din así:

“Aquel rapaz de Ourense que rogaba á súa noiba –il universitario; ela aristócrata- que somentes lle falase de amor en galego estaba no certo. Recitando a súa Rosalía ou o seu Pondal, a nena transformábase e unha suave pero firme seguridade xurdía non tan só das súas verbas, senón de toda a súa persoa. Suavidade e firmeza que debía ser o encanto –e hasta o dereito- do namorado. I-é que non hai outra lingua materna para unhas cantas leves e grandes cousas: o amor, a oración, a poesía e a primeira –que é a mais fecunda- enseñanza... ¡E máis emporiso!...

Outro día, cara ao porvir, será tolería semellante a esa a de negar en nome do patriotismo –sexa este cal sexa- o dereito do neno a recibir o primeiro ensino na lingua materna.

A unha beira toda consideración de orde político, a violación d’ese dereito constituirá un crime de lesa pedagogía que non quererá cometer ningún escolante. Na aldea, na vila ou no barrio cibdadán obreiro alí onde o escolante vaia a exercer o seu apostolado buscará ante todo chegar ás almiñas que lle foron confiadas, gañar a súa fé, a súa confianza e simpatía, establecer esa nobre corrente de amizade que en materia de ensino dona a metade do camiño andado. E non pode haber amizade sin diálogo. E non pode existir diálogo entre quenés falan linguas difrentes... En virtude d’esa difrencia de linguaxe –oh, si, ambos nobres, gomisos e prenos de armonía o escolante será para o seu discípulo, par ao neno animado por primeira vegada dos brazos, da tenreza ¡é hasta da lingua! maternaes, o escolante será mais que un alleo un extranxeiro que se expresará

n´un idioma casi incomprensible, cheo (para os ouídos dos discípulo) de altisonancia e pedantería.

Lembremos sempre, pedagóxica xa que non políticamente, que o discípulo é un neno de cinco a oito anos a quen a súa nai no berce ou no colo cantou, arrolou e agarimou en catalán, en vasco ou en galego; a quen a aboa contou lendas e contos en galego, vasco ou catalán; a quen o pai ensinou as labores do campo ou do taller, gabou ou rifou en calqueira d´esas lingoas que foron asemade vehículo dos seus xogos, das súas ledicias e das súas dôres infantís.

“A intelixencia da crianza foise espertando ao eco, ao ritmo d´esa lingua materna que puxo no seo cerebro oscuro a primeira claridade de idea...” “cando as letras comezan a se lle facer comprensibles ao neno, as verbas –sonlle desconocidas e as ideas non saen, da súa inmovilidade no papel, por que os libros da escola falan n´outra lingua que o neno non comprende e así, n´un comenzo, ensinásele algo tan disparatado como a leer sin entender”.

“A existencia, vitalidade e persistencia d´unha lingua e algo do que non cabe dúbida. ¡A que enganarnos! Nos fogares dos nenos de Cataluña, como no dos pequenos campesinos de Galicia, aínda despois de tantos séculos de imposición, non se fala castelán e pol´o tanto a lingua na que se pretende dar riqueza a un espírito e unha lingua artificial que sómentes conocen na eirexa e na escola, privadas así unha e outra do seu mellor xeito de acercamento, vedado para unha e outra o camiño que máis dereito leva ao corazón. Si unha absurda lenda de torpeza, de inferioridade vaíse borrando; si o neno catalán ou o galego rematan por adprender catecismo e aritmética é evidente que deben de ser moi listos”.

A Nosa Terra, n. 274

Estas, Nuestras claras Mujeres

I

Al mirar, alguna vez, en los campos de Galicia, a las mujeres inclinadas al suelo, hincando en el terrón rejos y *sachos*; o transportando sobre la airosa cabeza, remate del fino cuello, pesos superiores al de su propio cuerpo; y a las que lavan, a orilla de los ríos, con labio cantarín y recio puño, hasta dejar los lienzos más blancos que la espuma de los mares; las que, día tras día, desde que amanece Dios, hasta que, en los senderos, se encienden las luciérnagas, se afanan en los mil y un quehaceres de la casa, van al monte por leña y al manantial por agua, llevan las vacas al prado, cuidan del cerdo y del rocín, del establo y del gallinero, hilan el lino, muelen el grano, amasan el pan, y, con todo, tienen muchos hijos y los crían, aman y rezan... yo me he preguntado: ¿cuál es el origen antiguo de estas mujeres, cuál la fuente de esa extraña energía que dijérase inegotable? ¿De qué ignota cantera arrancan estas criaturas –en general escasamente corpulentas, muy femeninas y suaves- ese raro vigor, esa sorprendente reciedumbre?... Y me complace imaginar a las remotas antepasadas de esas mujeres caminando al lado de sus hombres, desde un confín incierto de Europa, hasta llegar a este anhelado “fin de la tierra”, lejanas, silenciosas y cubiertas de polvo; mujeres sin nombre y sin edad, que encendieron, entre robles y encinas, las primeras fogatas, levantaron, a orillas de los pinares, las primeras cabañas, desmenuzaron oro entre las arenas del Sil, poblaron de hijos la nueva tierra elegida por sus hombres, sin detenerse en el camino ni en el esfuerzo.

A éstas y aquéllas, las mujeres humildes, ignoradas, de nuestra tierra de Galicia, yo, que tampoco sé bien de dónde vengo, me encuentro un poco emparentada, por el continuo impulso hacia el hacer, la extraña virtud del soportar, la resistencia en el

esfuerzo, la conformidad con el destino. En éstas reconozco a mis hermanas, mi honroso linaje de mujer gallega; que no en aquellas otras, las ilustres, que tuvieron nombres preclaros, demasiado altos, demasiado brillantes, para mirarlas de otro modo que desde abajo, con toda reverencia...

II

Siempre hubo mujeres insignes en Galicia. En todos los tiempos, en todos los campos, bajo todas las luces. Las hubo santas y mártires, como Eufemia, Ilduara, Loedegunda y Hermesinda; las hubo enamoradas, como Inés de Castro; las hubo heroínas, guerreras, como María Mayor de la Cámara y Pita. Es una larga teoría que se pierde casi en la noche de los orígenes. Intentar seguirla aquí, en un puñado de mal pergeñadas cuartillas, fuera pretensión vana, absurda y hasta pedante... Mas, la tentación de fijar la mirada, siquiera sea fugazmente, en un momento del paso de ese brillante y femenino cortejo, es demasiado acuciante, para desecharla, así como así. Un momento que pudiera ser algún momento del siglo XIX hacia su mitad; acaso, por ejemplo, esa tarde lluviosa en que Rosalía de Castro, niña, ve pasar, juntas, por la calle Real de La Coruña a Juana de Vega y Concepción Arenal (momento evocado por Carlos Martínez Barbeito en su hermosa disertación para “Conferencia Club” sobre “La Condesa de Espoz y Mina”), a tiempo que –acaso- nace Emilia Pardo Bazán en su casona de la calle de Tabernas. (En verdad, nunca pasaron criaturas de espíritu tan grande por calles tan estrechas...)

Es una refulgente constelación de ilustres mujeres, surgidas en una región pequeña y entre sí contemporáneas. Ofrece, sin embargo, la particularidad de no formar escuela, grupo, ni tendencia (tal, por ejemplo, muchos años después, las poetisas de Hispanoamérica). Son éstas, las de nuestra Galicia, femeninas individualidades aisladas, temperamentos distintos y hasta opuestos, que destacan en actividades diversas, con

personalidad varia, que en nada se imitan ni influyen unas en otras... Cada una brilla con luz propia y deja tras de sí luminosa estela.... Intentemos seguir la huella de algunas...

III

En un pequeño libro para lectores pequeños, yo he llamado a Concepción Arenal *La Consoladora*. Podríamos verla también como *la Justiciera*, si la palabra no se hubiera desnaturalizado en extremo de rigor y dureza... Pues no es esta justicia vengativa la que Concepción Arenal persigue, por la que clama, sino la otra, la inmanente, y, en su esencia, divina: en el espíritu de esta clara mujer, *justicia, consuelo y piedad* son términos que bien se concilian.

Caridad y justicia templan su alma fuerte. De tal modo las hermanas que *caridad es justicia*, para ella. Nolo que *se regala*, sino lo que *se debe*. Lo que damos al pobre, al triste, al desvalido, no es nuestra limosna, sino su derecho. “LA tendencia al bien –dícese encarna cada día más en el hombre civilizado, pasa del corazón a la cabeza, y estamos tocandola época en que las leyes del mundo cristiano derivarán de este principio: *Caridad es justicia*”.

Sin duda porque nació en tiempos injustos, se prendó Concepción Arenal de la Justicia como de un enamorado imposible. La busca en los libros, en la vida y hasta en los mismos Tribunales, donde debiera estar su sede. Cuando de la injusticia de la Justicia se convence, no cede: batalla. Se intrinca por los vericuetos de las ciencias jurídicas y sociales y es tan firme su voluntad, su tesón tan inquebrantable, que alcanza a ser la figura de mayor relieve en el campo penitenciario; la más ilustre penalista de su tiempo y tan ardiente en su anhelo de justicia, que la pide hasta para el mismo verdugo, y en sus motivos y razones ante la pena de muerte no ocupa el último lugar esta razón de no ser justo que los hombres impongan a otro hombre ese infamante oficio...

Sale al encuentro de todos los dolores y todas las miserias: no quiere ignorar nada... El hospital, la cárcel, la guerra: no hay lugar, por infamante, por peligroso que sea, al que no llegue la mano de la Consoladora... De su penoso perigrinar por los caminos de Navarra, donde arden las hogueras de la guerra civil, nace su ejemplar libro “Cuadros de la Guerra” y el tratado sobre “El derecho de gentes” y, lo que vale más, la creación de la Cruz Roja en España. De sus visitas a las cárceles, una obra ingente, de justicia y piedad, que será tenida en cuenta por los más ilustres penalistas de Europa, que cuajará, andando el tiempo, en instituciones tan meritorias como los Tribunales para Niños... Pues, poco a poco, a través de una tarea impropia, la voz de esta mujer gallega es escuchada en Roma, en Estocolmo, en San Petersburgo... Un día se le otorga el gran Premio del Congreso Penitenciario de Estocolmo, al que aspiraban muchos ilustres sabios, y en el momento en que llega a su casa la gran noticia, la insigne y sencilla mujer está... ¡espumando el puchero!

A mi se me aparece Concepción Arenal como una alta y fuerte torre. En ella, toda femenina dulzura, toda suavidad maternal, se han revestido de sabiduría, de reciedumbre y fortaleza, para mejor amparar y proteger a quien a ella se acoge... Se cuenta que el día que la Consoladora murió, las penadas de la cárcel de San Lázaro, de París, rasgaron y unieron sus sayas negras, sus negros mantones, para colgar de luto sus celdas. En las almenas de la alta y fuerte torre, yo veo, señora, ondeando al viento, como el más ferviente y preciado homenaje, esas negras colgaduras.

IV

Si Concepción Arenal es una torre, Rosalía de Castro es una fuente. Algo transparente y fluido que corre, llora y canta, que refresca el aire y apacigua la sed, que en su cristal refleja el paisaje, los rostros y las almas. El Maestro D’Ors la ve como un

astro muriente, sobre la ría. Yo la veo confundiéndose con la ría misma, yendo al encuentro definitivo –y sin morir- de aquel mar bravío que la atraía y la llamaba.

Rosalía: la Cantora de Galicia, y uno de los más puros y más grandes líricos de España, de las Españas. Su destino, el Dolor, le ahonda los ojos, le afina la sensibilidad, le abre de par en par el alma, como a pocas humanas criaturas. Don precioso que le permite hacer suyos toda belleza, todo dolor en torno. La suprema hermosura, la delicada melancolía del paisaje gallego se le adentran y funden en el crisol sangriento del corazón, hasta ser una misma cosa la mujer y la tierra.

Cantaba la mujer a los campos y al mar, de ellos enamorada, y el mar y los campos se asomaban a los labios de la mujer para cantar por ellos... Late por eso en la canción de Rosalía, en el dolor de Rosalía, el rugido de la onde y el patetismo de la tierra.

Rara vez un poeta ha sido tan por entero el bardo, el mensajero de un país, de una tierra, como Rosalía lo es de nuestra Galicia. En su garganta cantan, no sólo todos los ruiseñores de nuestras frondas, sino las frondas mismas, los ríos y las fuentes, los pequeños *regatos*, los bichitos de Dios, los montes y las peñas, la lluvia, la escarcha y el *orballo*. En su voz hallan eco las penas de los enamorados, la *saudade* de los emigrantes, la fatiga de los segadores, el dolor de las viudad de los muertos, la congoja de las viudas de los vivos... y, con todo, suenan también en esa voz, músicas de gaitas y panderos, ritmos de muiñeiras y ribeiranas, bravos *aturuxos* ancestrales, chispazos de campesino humor y malicias labriegas. Pues es otro prodigio que, de la lírica de esta prodigiosa Cantora de Tristezas y melancolías, la gracia, no está ausente. –Toda ella es Gracia, podíamos incluso afirmar, dando al vocablo toda sua salvadora plenitud de sentido.- “Aurora y noche en una voz fundidas”- como tan certeramente la llama

Augusto Casas, dijérase que a veces, por su risa, pasa un tenue velo de lágrimas; otras veces, su llanto se ilumina en el resplendor de una sonrisa de alborada...

Así el alma de Rosalía es un agua transparente, que fluye, canta y llora y en la que el alma de Galicia entera se refleja.

V

Emilia Pardo Bazán, o la Condesa de Pardo Bazán, o, si se prefiere, “Doña Emilia”, como le llamaron las gentes de su tiempo, nos atrae, nos domina y subyuga por el poder de la Inteligencia creadora. Una mente viril, penetrante, ordenadora de toda suerte de experiencias, conocimientos, observaciones, datos, material erudito y material humano, inmediato; una mente amplia, poderosa, dijérase omnipotente. Es precoz en el arte y en la vida: cultiva el ensayo, la poesía, la crítica, la novela; pronto excede, supera, en mérito y prestigio, a los más insignes hombres de su tiempo. Creadora de mundos, de gentes y de castas como auténtica novelista que es, por encima de todo: el Universo de sus cuentos, dijérase la Comedia Humana de las letras españolas. Lee, estudia, produce, infatigable, en medida que parece inverosímil; y además tiene hijos, los cría, viaja, lleva una vida social intensa. Forja, moldea, escribe el más rico, sonoro, dúctil, rotundo, jugoso y expresivo lenguaje castellano: su exclusión de la Academia Española será, en su biografía, en su memoria, un timbre más de gloria, porque tendrá el acuciante poder rememorador de la injusticia. Ese académico sillón que jamás soportó el peso de su figura maciza, de su autoridad incontestable, será la deuda eterna de la Casa de los Inmortales para con la Condesa, que tendrá inmortalidad más cierta en los “Pazos de Ulloa” y en “La Madre Naturaleza”.

Ella lo supo. Era altiva, segura de sus merecimientos como ninguna de estas otras claras mujeres, a las que, por otra parte, no apreció demasiado. Cuando dice que los “dos grandes genios de Galicia visten faldas” se refiere a sí misma, naturalmente,

pero no a otra mujer gallega, sino ¡al Padre Feijóo! Mira un poco por encima del hombro a la excelsa Rosalía, a la que en tono menor entre sus íntimos, tacha de *ximirqueira*, ofuscamento crítico, incomprensible en un juicio tan claro. ¡Ah! Pero es que Doña Emilia, dígase lo que se diga, y pese a todo su inconmensurable talento viril, es una mujer de cuerpo y alma enteros.

No ha tenido el reciente Centenario (1951) del nacimiento de Emilia Pardo Bazán la resonancia que, sin duda, merecía. No por ello dejará la Condesa de contar para la posteridad entre los Clásicos de nuestro siglo XIX.

VI

Sofía Casanova es la Ausente, la desterrada. Sofía Casanova de Lutoslawski, que se nos fué por los caminos del Amor hacia la segunda patria lejana, fría y desdichada, que ese su extranjero nombre de esposa le señala. En esa lejanía, sin embargo, no perdió jamás, en una larga vida, el contacto con España, con Galicia... ¡Hoy, en cambio, no sabemos si vive, o si murió, qué tragedias la desgarraron, en sus últimos días, aunque sí imaginemos qué saudades!

Alma exquisita y piadosa, en su tierra adoptiva de Polonia presencié los mayores horrores que ante ojos humanos y ante humana sensibilidad pueda desplegar la crueldad de dos guerras, las más espantosas que jamás hayan sido en ningún lugar, ni en ningún tiempo. Recorrió, con animoso afán, con caridad sin límites, los caminos nevados y sangrientos para curar heridas, cerrar llagas, dar consuelo y amor... Sufrió en su propia carne, la de sus hijos propiso, el hierro y la muerte... Lloró como mujer; luchó como hombre, y esforzado. Poetisa, delicada, cronista aguda y recia, su pluma nos transmitió durante años, desde las tierras doloridas de su exilio, el eco de aquel dolor sin fin que sus ojos presenciaban; en el consuelo de ese dolor, sus manos de mujer gallega, tejieron el más bello de todos los poemas.

¿Vive? ¿Ha muerto Sofía Casanova? Hoy los ignoramos todavía y un telón de lágrimas se opone en esa lejanía impenetrable a todos los otros terroríficos, “telones”. Mas, muerta o viva, la Ausente, la Consoladora, la Dolorida, tiene para nosotros, gallegos, un lugar resplandeciente entre estas nuestras claras mujeres.

Alborada, Xaneiro 1953